



# Las tres primeras Internacionales

Su historia y sus lecciones

**George Novack, Dave Frankel , Fred Feldman**



**la montaña**  
EDICIONES SOCIALISTAS

# **Las tres primeras Internacionales**

**Su historia y sus lecciones**

*George Novack, Dave Frankel, Fred Feldman*



**la montaña**  
EDICIONES SOCIALISTAS

# Índice de contenido

[Las tres primeras Internacionales](#)

[PRESETNACIÓN](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[LA PRIMERA Y SEGUNDA INTERNACIONALES](#)

[Por George Novack](#)

[La necesidad histórica del internacionalismo](#)

[La Primera Internacional \(1864-76\).](#)

[El surgimiento de la Segunda Internacional \(1889-04\).](#)

[La expansión del oportunismo en la Internacional Socialista \(1904-14\).](#)

[La Primera Guerra Mundial y el colapso de la Segunda Internacional](#)

[LA EVOLUCION DE LA COMINTERN1 \(1919-36\).](#)

[HISTORIA DE LA OPOSICION DE IZQUIERDA \(1923-33\).](#)

[Por Dave Frankel](#)

[STALINISMO E INTERNACIONALISMO \(1935-73\).](#)

[Por Fred Feldman](#)

Novack, George

Las tres primeras Internacionales: su historia y sus lecciones  
/George Novack ; Dave Frankel ; Fred Feldman. 1a ed.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : La Montaña, 2020.

208 p. ; 23 x 15 cm.

**ISBN 978-987-47672-6-4**

1. Historia Política. I. Frankel, Dave. II. Feldman, Fred.  
III. Título.

CDD 320.09

**Copyright © 2018. La Montaña**

Belgrano 615, 3º J (C.P. 1067) Ciudad Autónoma de Buenos  
Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4343-9902

edicionesocialistas@gmail.com

**ISBN 978-987-47672-6-4**

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Primera edición: febrero 2020

No se permite la reproducción parcial o total, el  
almacenamiento, el alquiler,

la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier  
forma

o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,  
mediante fotocopias,

digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y  
escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# PRESETNACIÓN

Este libro fue impreso por primera vez en 1974 por el Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos, organización a la que pertenecían los autores. En 1977 la corriente liderada por Nahuel Moreno lo publicó por primera vez en español. Esta nueva edición es un aporte del Movimiento Socialista de los Trabajadores de Argentina.

En sus páginas se resume de una manera excepcional más de un siglo de desarrollo del movimiento obrero y revolucionario mundial. Pese a que han pasado varios años desde que vio la luz por primera vez, su lectura y estudio sigue siendo de una utilidad extraordinaria para la formación de las nuevas generaciones de socialistas revolucionarios.

Los autores analizan la historia, las experiencias y las lecciones de la lucha de clases a partir de los avances y retrocesos en lo que Marx planteó como la tarea más importante que tenían que llevar adelante los trabajadores: construir una dirección internacional para hacer la revolución socialista mundial. Novack, Frankel y Feldman sostienen que esta tarea, que las tres primeras Internacionales dejaron inconclusa, debe continuarse y es al servicio de ese objetivo que volvemos a publicar esta obra.

En la primera sección, George Novack expone la trayectoria de la Primera y la Segunda Internacional, abarcando desde el año 1845, en que se dan los primeros esbozos de

organización revolucionaria internacional, hasta 1914, fecha en que la Segunda Internacional se hunde ante la Primera Guerra Mundial. Un segundo trabajo suyo estudia la evolución de la Tercera Internacional desde 1919 a 1936. Paralelamente, Dave Frankel reseña la historia de la Oposición de Izquierda, encabezada por León Trotsky, dentro de la Internacional Comunista (1923-33). Finalmente, Fred Feldman, en *Stalinismo e internacionalismo*, resume la evolución de esa corriente desde 1935, fecha en que se realiza el último congreso de la Tercera Internacional, hasta la década del 70.

Si algo se ha confirmado en estos casi 200 años de luchas de los trabajadores y oprimidos es que su liberación solo será posible si se derrota al sistema capitalista a nivel mundial. La prédica estalinista sobre la factibilidad del socialismo en un solo país ha quedado sepultada por la historia. La restauración del capitalismo en el tercio de la humanidad donde se había logrado expropiar a la burguesía y se llevó a la práctica esta nefasta orientación nos exige de dar mayores explicaciones.

El próximo 21 de agosto se cumplirán 80 años del asesinato de León Trotsky a manos de un sicario enviado por Stalin. Sin embargo, sus ideas están más vivas y vigentes que nunca.

El creador del Ejército Rojo y fundador junto a Lenin del primer Estado Obrero de la historia, luego de la muerte de Lenin y hasta sus últimos días se transformó en el principal combatiente contra la burocracia que usurpó el poder en la URSS y destruyó la III Internacional. Su batalla en defensa del marxismo y la tradición revolucionaria fue decisiva, ya que impidió que el estalinismo borrara de la historia la experiencia y las enseñanzas de más de cien años de lucha por el socialismo a nivel mundial.

El 3 de setiembre de 1938, en las afueras de París, a instancias de León Trotsky se fundaría la IV Internacional. Allí nuevamente se levantaron los cimientos de la organización internacional que necesitamos los trabajadores del mundo para derrotar al imperialismo y abrir paso a una sociedad sin opresión ni explotación, en armonía con la naturaleza y donde toda la humanidad pueda vivir en paz y dignamente.

Han pasado muchos años. Las fuerzas de la Cuarta Internacional están dispersas y la necesidad de contar con una fuerte organización internacional para enfrentar y derrotar a la bestia imperialista es apremiante. La sed de ganancia de un puñado de corporaciones está destruyendo el planeta y desplegando una verdadera contrarrevolución económica contra las mayorías populares.

En decenas de países los trabajadores, las mujeres y la juventud se rebelan y salen a la calle en defensa de sus derechos y para que no les arrebaten el presente y el futuro. Pero lo hacen sin una dirección revolucionaria al frente. La lectura de este material seguramente ayudará a comprender mejor la importancia de que esa dirección sea profundamente internacionalista y también que ser socialista revolucionario se concreta siendo parte de la construcción de una organización internacional.

*Alejandro Bodart*

Febrero 2020



# INTRODUCCIÓN

En su lucha por la emancipación los obreros del mundo necesitan una dirección conjunta capaz de respaldar y llevar a cabo la colosal tarea de la revolución socialista internacional. Ha sido extremadamente difícil crear y sostener tal dirección. Durante los últimos cien años se han hecho tres intentos que en última instancia no han logrado colocarse a la altura de las responsabilidades que les ha impuesto la historia.

Sin embargo, cada vez que se probó la incapacidad de sus líderes por desgaste o traición, un sector del precedente movimiento sostuvo y llevó adelante la bandera del marxismo revolucionario. Bajo condiciones favorables o adversas, trabajaron con las fuerzas de las generaciones más jóvenes para regenerar la solidaridad socialista y construir la nueva internacional.

Al publicar un llamado por la Cuarta Internacional en marzo de 1934, después de que la Tercera Internacional de Stalin demostró definitivamente su incapacidad, al fracasar en la lucha por evitar la victoria de Hitler en Alemania, Trotsky escribió: *“La clase obrera asciende taladrando por sí misma una roca de granito. Algunas veces retrocede unos cuantos pasos, otras el enemigo dinamita los peldaños que ya han sido cavados, otras se desmoronan porque el material era de mala calidad. Después de cada caída hay que levantarse, después de cada retroceso hay que avanzar, cada escalón*

*destruido debe ser reemplazado por otros dos nuevos”.*  
[Trotsky, *Francia es ahora la clave de la situación*]

Aquellos que quieren construir una escalera con materiales indestructibles, que pueda conducir la clase obrera a la victoria, deben conocer qué hicieron las primeras internacionales, sus aciertos y sus errores. Este es el propósito de estas observaciones sobre su historia.

El material sobre la Primera y Segunda internacionales contenido en este libro fue presentado en una serie de charlas ante la Conferencia Educativa de Activistas Socialistas, llevada a cabo en el Oberlin College en Ohio del 13 al 20 de agosto de 1972. Este material pretende resaltar la significación de los logros y deficiencias de estas organizaciones pioneras de la clase obrera antes que dar un amplio y detallado recuento de sus actividades.

El trabajo de Dave Frankel sobre la historia de la Oposición de Izquierda muestra la degeneración de la Tercera Internacional (Comintern), bajo la influencia burocrática del stalinizado “Partido Comunista” de la Unión Soviética. Cubre un período de diez años, 1923-33, desde el momento en que por primera vez se manifestó la oposición organizada en contra del burocratismo del partido soviético, hasta el fracaso de la Comintern en oponerse efectivamente a la toma del poder de Hitler en Alemania.

También se incluye *La evolución de la Comintern (1919-36)* escrito para la primera Conferencia Internacional pro Cuarta Internacional, realizada en julio de 1936. Este estudio del nacimiento y caída de la Comintern en forma de tesis breves fue recomendado como base para la discusión y los artículos de prensa de los grupos que participaban en la conferencia.

La historia del stalinismo fue actualizada por la investigación de Fred Feldman que cubre el período comprendido entre el último congreso de la Comintern en 1935, etapa del “frente popular”, y la caída del régimen de Unidad Popular de Allende en Chile en septiembre del año pasado.

Sin embargo, estos ensayos no se limitan a hacer un recuento del fracaso de la Tercera Internacional en enfrentar el reto de la revolución mundial, sino que también señalan cómo hubo marxistas capaces y dispuestos a enfrentar los problemas y las tareas presentadas por las vicisitudes de la revolución mundial, organizados primero como Oposición de Izquierda al interior de la Internacional Comunista, luego como Liga Comunista Internacional (bolchevique leninista) y finalmente como una nueva (Cuarta) Internacional.

*George Novack*

*5 de enero de 1974*

# **LA PRIMERA Y SEGUNDA INTERNACIONAL ES**

**Por George Novack**

## **La necesidad histórica del internacionalismo**

El internacionalismo, que toma cuerpo en un partido mundial de la clase obrera, es uno de los principios centrales del socialismo. A pesar de su importancia imperativa, este principio se ha visto reducido hoy a su más bajo nivel en este siglo, tanto en la teoría como en la práctica.

La Tercera Internacional fue formalmente disuelta y enterrada, sin ceremonias, por Stalin en mayo de 1943, en medio de la Segunda Guerra Mundial, como una garantía para los aliados anglo-norteamericanos de que los partidos comunistas bajo la jurisdicción del Kremlin no tratarían de utilizar ninguna oportunidad para derribar al capitalismo en Occidente. Sus seguidores fielmente cumplieron este pedido en Grecia, Italia, Francia y Bélgica desde 1943 hasta 1948.

La Segunda Internacional ya había perdido su derecho a reclamar la dirección revolucionaria durante la Primera

Guerra Mundial y desde entonces se había arrastrado con una existencia incolora.

Aun los partidos que la constituían, apenas le ponían atención a sus escasas conferencias y pronunciamientos. No ha tenido acciones destacadas por décadas. Inclusive puede ser noticia para muchos que la Segunda Internacional sobrevive. Pero en realidad, aun se celebran congresos ocasionales que parecen reuniones familiares de guardianes políticos -ya consagrados o aspirantes- del Estado capitalista.

Ninguna de las nuevas tendencias que dirigieron las revoluciones obrero-campesinas triunfantes, después de la Segunda Guerra Mundial, ha demostrado su capacidad para iniciar u organizar una nueva internacional viable que remplace a la difunta Comintern o a la moribunda Segunda Internacional. Tito, Mao y aun Castro han participado como jefes de Estado y dirigentes de partido en conferencias internacionales de varios tipos y capitales de sus estados han sido escenarios de ellas. Pero de ninguna de estas conferencias ha resultado la formación de un nuevo organismo mundial de la clase obrera y ni siquiera han presentado la idea como deseable o necesaria.

La más audaz y prometedora iniciativa con una meta y un espíritu revolucionario fue la Conferencia Tricontinental que se realizó en la Habana a principios de 1966. Sin embargo, este organismo compuesto por movimientos de liberación nacional con diferentes programas, está muy lejos de ser o de reclamarse como una organización internacional del tipo imaginado y creado por Marx, Engels, Rosa Luxemburgo, Lenin y Trotsky, y ha tenido una vida muy endeble.

La Cuarta Internacional, fundada en 1938, es la única que mantiene las tradiciones y enseñanzas de estos líderes

marxistas respecto a todos los deberes del internacionalismo. Los trotskistas no ven esto como una frase ritual, sino como la guía indispensable para las actividades diarias de todas las secciones de la clase obrera mundial en su lucha contra el viejo orden y por la construcción del socialismo.

De otra parte, el comportamiento de los dirigentes de tres regímenes comunistas durante las crisis bélicas en las décadas del '50 y '60, es un índice de que han abandonado la solidaridad internacional. Durante la guerra de Corea, la Yugoslavia de Tito, perteneciente a las Naciones Unidas, se puso del lado de los imperialistas norteamericanos contra los estados obreros de Corea del Norte y China. Durante la disputa fronteriza entre China e India en 1962, el gobierno de Jruschov no sólo rehusó dar apoyo a Pekín, sino que le dio armas al régimen burgués de Nehru. Los maoístas, por su parte, se han negado a conformar un frente único con la Unión Soviética y otros estados obreros en defensa de Vietnam y contra la agresión norteamericana, aun a expensas de la propia seguridad nacional china. Hace poco el presidente Nixon fue calurosamente recibido en Pekín y Moscú, mientras sus bombarderos arrojaban muerte y destrucción sobre Vietnam.

Este difundido abandono del internacionalismo es justificado de varias formas. Uno de los argumentos más utilizados por los socialdemócratas y los neoestalinistas es el de que bajo las actuales condiciones los trabajadores ya no necesitan una organización internacional. Lo que era útil y progresivo hace cincuenta o sesenta años se descarta ahora como algo pasado de moda y obsoleto.

Ciertamente es paradójico que, en el momento en que los satélites y cosmonautas dan vueltas alrededor del mundo, los proyectiles pueden alcanzar cualquier lugar del planeta

en media hora y cuando la lucha anticapitalista es más fuerte y más urgente que nunca, la concepción marxista de tener una dirección mundial de la revolución haya caído en tal bancarrota. En realidad, el proceso histórico se mueve en forma completamente irregular.

Mucha gente, por dentro y por fuera del campo socialista, interpreta esta situación como una prueba positiva del triunfo definitivo del chovinismo nacional sobre el internacionalismo. Y esta creencia es utilizada para acabar de enterrar a la doctrina marxista.

Ellos sostienen que en todas partes el chovinismo nacional ha prevalecido sobre los piadosos sentimientos y consignas internacionalistas; que en las dos guerras mundiales los trabajadores pelearon entre ellos mismos; que cada una de las internacionales se ha roto y no ha logrado cumplir su misión y que los países donde se ha abolido el capitalismo buscan satisfacer sus propios intereses nacionales y toman su camino independiente hacia el socialismo, sin tener en cuenta la suerte de los demás países. Según ellos, Marx estaba totalmente equivocado en su programa, en su práctica y en sus predicciones; el chovinismo nacional es invencible, es la fuerza todopoderosa en el mundo moderno. Es tiempo de reconocer que la fórmula, *“los trabajadores del mundo están desunidos”* es la única que corresponde al verdadero rumbo del desarrollo político y social.

Tal conclusión se ajusta a los intereses de las clases poseedoras. Asimismo, sirve a las políticas de aquellos regímenes burocratizados de los Estados obreros que han puesto sus intereses por encima del bienestar de la clase obrera mundial. Pero es completamente inaceptable para quien desee ser un socialista científico y un revolucionario proletario dentro de las tradiciones de Marx y Lenin, y que

profundice a conciencia sobre el camino y las premisas de la marcha hacia el socialismo.

Tratar de desarraigar los principios internacionalistas dentro de la clase obrera e implantar, en cambio, los fatales prejuicios y perspectivas, que aun sobreviven, del chovinismo nacional, es un claro signo reaccionario, no progresivo, en el movimiento obrero y socialista. Fue precisamente porque los partidos más importantes de la Segunda Internacional se pasaron al campo del socialpatriotismo en 1914, que Lenin, Trotsky, Luxemburgo y sus camaradas proclamaron la necesidad de una nueva internacional. Y el rompimiento con el internacionalismo por parte de la burocracia soviética, que empezó casi veinte años antes de que Stalin cínicamente echara a la basura a la desacreditada Comintern, fue lo que llevó a la fundación de la Cuarta Internacional en 1938.

Abandonar la visión internacionalista y retroceder hacia un nacionalismo estrecho es una vil imitación de la peor ideología burguesa. Más aun, es plagiar la ideología del período de la decadencia del capitalismo e ir contra las más exaltadas aspiraciones y gloriosas tradiciones de las luchas democráticas plebeyas que caracterizaron la lozana juventud del capitalismo ascendente. Por esta razón será instructivo hacer un recuento, a manera de prólogo, de la Primera y Segunda internacionales con una recapitulación de los ideales internacionalistas proclamados durante las revoluciones democrático-burguesas.

### **Ideas internacionalistas de la revolución democrático-burguesa**

Cuando las fuerzas del capitalismo eran jóvenes, tenían que luchar contra todo el peso del orden establecido de la sociedad medieval, así como las fuerzas del socialismo



luchan hoy contra las actuales condiciones capitalistas. En su lucha por derrocar las ideas, instituciones e instrumentos precapitalistas, y especialmente feudales, los más revolucionarios representantes de la burguesía tenían que movilizar y dirigir a las masas populares y satisfacerlas, si no con hechos por lo menos de palabra, en sus necesidades más profundas. Y entre ellas, la consigna por la fraternidad de los pueblos y la paz entre naciones era una de las más importantes.

Estos altísimos ideales inspiraron sinceramente a los más destacados líderes de Norteamérica, Francia y de otras revoluciones democrático-burguesas. La esperanza de realizar “la hermandad de la humanidad”, que se había convertido en nada más que una frase ilusoria y una falsa promesa del cristianismo, penetró las filas revolucionarias y encontró expresión en sus más visionarios representantes.

Tom Paine, quien levantó a los colonos norteamericanos para rebelarse contra Inglaterra, orgullosamente hacía suyo este lema: *“Mi país es el mundo: hacer el bien, mi religión”*. Paine fue el más avanzado internacionalista de su época. Deportado de Inglaterra por comprometerse en lo que podría llamarse la “organización sindical de izquierda” de los empleados estatales más bajos, viajó a Norteamérica en 1774 y se convirtió en el heraldo de las ideas revolucionarias. Después de haber ayudado al triunfo de la Guerra de la Independencia, este propagandista internacional y filósofo de la democracia regresó a Inglaterra, donde fue juzgado por defender la Revolución Francesa. Huyó a París y allí fue invitado a tomar asiento en la Asamblea Nacional y se convirtió en ciudadano francés. Esta acción demuestra el espíritu internacionalista de la Revolución Francesa durante su ascenso.

Paine tenía ideas muy subversivas. Su principal trabajo político titulado *Rights of Man* [Derechos del hombre] defendía el derecho revolucionario del pueblo a cambiar su gobierno de acuerdo a sus conveniencias. En efecto, fue un personaje tan subversivo, que todos los propietarios respetables a ambos lados del Atlántico lo odiaron y aborrecieron. *“Los tories [conservadores ingleses] lo persiguieron como a un pícaro (...) En los clubes de Londres se convirtió en moda de los caballeros llevar clavos TP [Tom Paine] en los tacones de sus botas para evidenciar cómo pisoteaban sus principios básicos. Fue proscrito y desterrado y sus libros quemados por el verdugo. Era considerado más peligroso que un criminal común. En Norteamérica, los caballeros se hicieron eco del odio a Paine, y detestarlo llegó a ser signo de respetabilidad”.* [Parrington, *Main currents in American thought*]

¿Cuáles eran las terribles ideas de Paine? Enseñó que los colonos norteamericanos tenían el derecho a ser libres e independientes de la Gran Bretaña; que una nación tiene derecho a escoger una forma republicana de gobierno en vez de una monárquica; que todo el poder político proviene y reside en la gente común. Con estos puntos se ganó el odio imperecedero de los tories.

La animadversión y las pasiones políticas contra Tom Paine aun no han muerto en nuestros días. Theodore Roosevelt lo llamaba *“un insignificante y asqueroso ateo”* (lo cual, casualmente, no era cierto: Paine era creyente). Y a diferencia de los otros padres de la Revolución Norteamericana, hasta 1945 fue excluido del Salón de la Fama de la Universidad de Nueva York.

En este sentido es instructivo observar cómo los términos cambian su carácter con el tiempo. En los heroicos días de la primera Revolución Norteamericana, Tom Paine fue

condenado por ser “demócrata” y “republicano”. Estos términos tenían entonces una connotación equivalente a la que los representantes de la reacción le dan hoy a designaciones tales como “comunista”, “bolchevique” y “trotskista”. Ser “demócrata” significaba estar con los derechos revolucionarios de las masas contra los privilegios contrarrevolucionarios de las clases poseedoras dominantes. Ser “republicano” significaba estar por un gobierno parlamentario elegido por el pueblo contra las tradicionales monarquías u oligarquías hereditarias.

En nuestros días “republicano” y “demócrata” están correctamente asociados al conservatismo, a la reacción y al chovinismo. Estas transformaciones de los calificativos políticos en su contrario es un signo de los enormes cambios históricos que han tenido lugar desde que los capitalistas conquistaron el poder y se convirtieron en la clase dominante. Una pequeña investigación sobre las causas, el carácter y las consecuencias de estos cambios nos capacitarán para comprender por qué y cómo las ideas internacionalistas de los revolucionarios burgueses llegaron a fracasar, y sólo subsisten hoy en día en el movimiento y programa de la revolución socialista, junto con otros objetivos y aspiraciones valiosas de los aspectos democráticos de la revolución burguesa.

## **El desarrollo del nacionalismo burgués**

Mientras los más avanzados y populares líderes de los movimientos democráticos predicaron y practicaron los principios de los derechos humanos sin distinción de nacionalidad, raza, credo o color, estas ideas de igualdad incondicional, fraternidad y libertad fueron las más exaltadas y extremas expresiones de la revolución, sostenidas solamente por su ala izquierda, que era portavoz de las masas plebeyas. Estas ideas sólo prevalecieron en el

punto más alto de las oscilaciones del poder popular cuando la revolución, por un impulso sin antecedentes de sus fuerzas internas, superó temporalmente sus limitaciones históricas.

Esto es particularmente cierto respecto de la idea del internacionalismo. La clave, el rasgo dominante de los aspectos y elementos burgueses de la revolución, no era el internacionalismo sino el nacionalismo. El internacionalismo era la excepción, mientras el nacionalismo era la norma, la meta principal de las fuerzas burguesas, su programa y su perspectiva.

Este predominio del nacionalismo concordaba con la naturaleza de la revolución burguesa y con las necesidades históricas de la época que presenció el triunfo del capitalismo. Las tareas trazadas para los revolucionarios burgueses estaban determinadas, por un lado, por la naturaleza de las formas feudales precapitalistas y por las fuerzas contra las cuales luchaban; y por otro, por la presión de las necesidades del desarrollo capitalista. La sociedad sobre la cual emerge el capitalismo se basaba en relaciones feudales de propiedad -siervos, feudales privilegiados, gremios, monopolios, etcétera-, que tenían que ser abolidas por el comercio, las finanzas y la industria capitalista para que éstos pudiesen expandirse. Ligada a la cuestión fundamental de sustituir las formas de propiedad y producción feudal por formas capitalistas, estaba el problema de las divisiones territoriales y políticas dentro de las cuales se encontraban enmarcadas. Los estrechos límites de las relaciones sociales y políticas feudales impedían el crecimiento de las fuerzas del capitalismo, las sofocaban, las estrangulaban y las golpeaban incesantemente.

La sociedad feudal estaba fragmentada en principados escasamente conectados y en pequeños estados en los cuales se dividía arbitrariamente al pueblo. Con el objeto de abrirle campo a la libre y total expansión de las fuerzas de producción capitalistas y a sus formas de intercambio, estas partes, tradicionalmente segregadas, tenían que unirse, aglutinarse, centralizarse en una sola nación. Si el nivel material y cultural de la gente había de elevarse, si había que permitir al capitalismo desarrollar sus poderes latentes de producción, si la humanidad había de ir hacia adelante, estas restricciones y ataduras medievales tenían que removerse. Estas metas de construcción de naciones requirieron luchas que duraron cientos de años. Pero lo que había que hacer fue hecho por el esfuerzo conjunto de los pueblos del occidente de Europa y de Norteamérica. Gracias a sus luchas revolucionarias, el feudalismo y sus gastadas instituciones fueron barridas, tiradas a la basura, y se establecieron nuevas relaciones capitalistas, nuevas fronteras y formas políticas.

Este proceso de la creación, consolidación y centralización de los estados nacionales se llevó a cabo más clara y típicamente en Europa occidental: en Francia, Alemania e Italia. Pero su alcance fue internacional. Las trece colonias norteamericanas lograron violentamente su independencia de Gran Bretaña y luego aprovecharon su derecho a la autodeterminación para unificarse en los Estados Unidos de Norteamérica en la primera Revolución Norteamericana de 1775 a 1789. La urgente necesidad de lograr la unidad nacional y la independencia fue la fuerza conductora detrás de las ideas nacionalistas, las consignas y el programa de los movimientos revolucionarios democrático-burgueses.

Mientras estas tareas básicas del desarrollo histórico permanecieran inconclusas, los movimientos nacionalistas de los países avanzados de Occidente mantenían un

carácter progresivo y merecían el apoyo de los revolucionarios. En Estados Unidos por ejemplo, el grito de guerra de la independencia nacional y de la unidad sólo perdió su contenido progresivo con el triunfo definitivo de la clase capitalista como resultado de la Guerra Civil. En aquella guerra revolucionaria, tanto la unidad del país como su independencia estaban amenazadas por la contrarrevolución de los esclavistas del sur, quienes constituyeron la Confederación. En aquel momento, el Partido Republicano de Lincoln dirigió el gobierno que defendió la unidad nacional y se opuso a la esclavitud. Ese gobierno fue apoyado por Marx y la Primera Internacional.

Las raíces del desarrollo capitalista son internacionales. *“El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido, y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición (...)* La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América”. [Marx y Engels, *Manifiesto comunista*]

La economía capitalista, en contraste con el feudalismo provinciano, operaba desde su iniciación sobre bases mundiales. Una vez abolidas y destruidas las cadenas del feudalismo, las fuerzas de producción capitalistas no se detuvieron ante los límites nacionales para cuya creación habían sido el instrumento. En el proceso de establecer los estados nacionales, el capitalismo -resultado, en sí mismo, del nuevo mercado mundial- extendió ese mercado, creando

una división internacional del trabajo y el intercambio de mercancías. Fue la primera economía mundial.

A medida que el capitalismo se desarrollaba, cada país tarde o temprano se sumergía en el mercado mundial, llegaba a ser parte integrante de él y descubría que su vida interna iba siendo dominada por él. El desarrollo capitalista conduce al colosal crecimiento de los lazos mundiales entre los diferentes países. Ningún país capitalista es o puede ser autosuficiente o aislado económicamente.

He aquí cómo Trotsky sintetiza este proceso histórico:  
*“Uniendo en un sistema de dependencias y de contradicciones países y continentes que han alcanzado grados diferentes de evolución, aproximando los diversos niveles de su desenvolvimiento y alejándolos inmediatamente después, oponiendo implacablemente todos los países entre sí, la economía mundial se ha convertido en una realidad poderosa que domina la de los diversos países y continentes”.* [Trotsky, *Stalin, el gran organizador de las derrotas. La Tercera Internacional después de Lenin*]

Esta inevitable interdependencia de las naciones bajo el capitalismo se expresa de varias maneras. Woodrow Wilson, secretario de comercio, dijo una vez: *“Un par de zapatos es una Liga de las Naciones”*. Esta expresiva frase describe sucintamente el alcance de la economía moderna que se manifiesta en las cifras del comercio exterior, la exportación de capital y la balanza de pagos. También puede decirse que las crisis económicas, en cualquier sitio donde se inicien, se extienden a los demás países arrastrándolos con ellas.

Bajo el capitalismo, los pueblos del planeta están inseparablemente unidos entre sí. Juntos nadan o se

ahogan, comen o se mueren de hambre, viven en paz o mueren en la guerra. La expresión más consumada de la naturaleza mundial de la economía capitalista fue el carácter global de la Segunda Guerra Mundial.

Esta guerra imperialista, la segunda en una generación, fue la consecuencia sangrienta, bárbara y brutal del ulterior desarrollo y degeneración de las fuerzas productivas capitalistas. Estas poderosas fuerzas, que se acumularon en las manos de la clase dominante capitalista durante el siglo XIX, desbordaron las barreras nacionales. La industria del acero en Alemania llegó a ser suficiente para abastecer a toda Europa. Bajo el dominio del capitalismo monopolista, el Estado nacional, que previamente había provisto la forma política para la expansión de la economía capitalista, se fue convirtiendo para ella en una camisa de fuerza. Los intereses de los grandes capitales monopolistas intentaron destruir estas camisas de fuerzas nacionales y encontrar un campo más amplio para sus operaciones económicas, lo que condujo, inevitablemente, al imperialismo.

Los imperialistas en las potencias capitalistas altamente desarrolladas pasan por encima de las fronteras nacionales, exportando capitales a otros países, apoderándose de las materias primas, de los mercados, de las esferas de influencia, invadiendo, conquistando y subyugando a los pueblos más débiles y menos desarrollados, por medio de guerras rapaces contra las pandillas rivales imperialistas, contra los pueblos coloniales o contra los estados obreros como la Unión Soviética y Vietnam del Norte. Los esfuerzos convulsivos de los imperialistas por llevar adelante las necesidades del capitalismo monopolista demuestran, a su manera, la necesidad de la reorganización de la economía mundial y de una federación mundial de pueblos. Ellos son el intento reaccionario de acometer una tarea histórica progresiva.



Dondequiera que los capitalistas conquistaron y consolidaron el poder, se volvieron totalmente reaccionarios. Los nuevos amos de la sociedad fueron pisoteando todas las ideas progresivas que tuvieron en un principio. En los países donde la clase capitalista se ha convertido en imperialista, la idea del nacionalismo tiene un contenido claramente reaccionario y no representa un obstáculo para sus fines rapaces.

Para llevar a cabo sus planes de saqueo, los más destacados voceros del imperialismo levantan la bandera del nacionalismo. Hitler habló de la “raza superior” alemana; Mussolini de revivir el “Imperio Romano”; Churchill proclamó que “Breña dirige las olas”; y Henry Luce anunció el advenimiento del “Siglo de Norteamérica”. Pero en cualquier sitio donde sea necesario adaptarse a las tradiciones democráticas, los imperialistas ocultan sus propios fines con un falso internacionalismo, engañando no sólo a su propio pueblo, sino a los demás. Esta fue la fuente del falso internacionalismo de Wilson y Roosevelt y toda la retórica común acerca de “defender el mundo libre”.

Sin embargo, los movimientos nacionalistas todavía pueden jugar un papel progresivo en los distintos sectores de la revolución mundial.

En los países industrialmente avanzados, nacionalidades tales como los negros, los chicanos, los puertorriqueños en Estados Unidos; los nativos de Quebec en Canadá y la minoría católica en el norte de Irlanda, luchan por su libertad frente a la opresión imperialista. Además, estos grupos son abrumadoramente proletarios en su composición, lo cual une más estrechamente sus luchas contra la opresión nacional a la lucha del conjunto de los trabajadores contra el capitalismo.

Las nacionalidades subyugadas en la Unión Soviética, como los ucranianos, los pueblos del Báltico, los judíos y los armenios aspiran a liberarse de la tiranía burocrática de Moscú. Lo mismo ocurre con los checoslovacos en Europa oriental. Sus luchas por la liberación nacional son parte legítima de la batalla por la democracia socialista en los estados obreros, a pesar de los intentos estalinistas de presentarlas como “anticomunistas” y de los propósitos de los imperialistas para utilizarlas para sus propios fines.

Las luchas nacionalistas más amplias se dan entre los pueblos del tercer mundo; en aquellos países atrasados, coloniales y semicoloniales, donde la revolución democráticoburguesa no se ha consumado totalmente. Son países donde o no se ha alcanzado la unidad nacional y la independencia, o donde esta independencia es nominal, estando económica y políticamente subyugados a alguna potencia imperialista. Los trotskistas apoyan sus aspiraciones de autodeterminación, así como apoyaron la guerra de China contra Japón y la lucha de la India por su libertad contra Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Las víctimas y vasallos del imperialismo tienen que ligar su 1776 y 1861 con una lucha anticapitalista, para que bajo la dirección de la clase obrera puedan llegar por la vía más corta a su Octubre de 1917.

Sin embargo, en los países avanzados de Europa, Norteamérica y Japón, los puntos de vista nacionalistas oficiales, las ideas, y los programas están, hoy en día, predominantemente asociados con las fuerzas más reaccionarias y chovinistas. Para estos países, toda la presión de la necesidad histórica, política y cultural, los conduce a romper y abolir las fronteras nacionales, no a crearlas y conservarlas. Así como durante los días de las revoluciones democráticoburguesas todos los pueblos dispersos y desmembrados tenían que unirse en estados

nacionales centralizados con el objeto de proveer las condiciones más favorables y fructíferas para la expansión de la economía y la cultura, ahora los estados nacionales burgueses, artificialmente divididos con sus ejércitos, sus barreras aduaneras, deben fundirse en una federación socialista y apuntar hacia un único sistema estatal regional, continental y eventualmente mundial.

Esta urgente tarea histórica sólo puede realizarse por medio de las revoluciones socialistas de la clase obrera internacional.

### **Las enseñanzas internacionales del marxismo**

Esto es parte del gran mensaje del marxismo, una lección que los fundadores y maestros del socialismo científico lucharon por infundir en la conciencia de clase de los trabajadores de todo el mundo.

Trotsky subrayaba este punto en su trabajo *La revolución permanente*, dedicado a defender el principio del internacionalismo contra la teoría estalinista del socialismo en un solo país. “*El marxismo parte del concepto de la economía mundial, no como una amalgama de partículas nacionales, sino como una potente realidad con vida propia, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial, que impera en los tiempos que corremos sobre los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista rebasan desde hace mucho tiempo las fronteras nacionales*”.

Sin embargo, esta economía mundial capitalista descansa sobre un sistema de estados nacionales que han sobrevivido demasiado a su utilidad y que hoy actúan como obstáculos para el desarrollo de las fuerzas productivas, que al tratar de expandirse se estrellan contra ellos. Este conflicto, entre

la expansión de las fuerzas productivas y los límites del Estado nacional, es una de las principales contradicciones de la sociedad capitalista. El conflicto de clase entre los capitalistas y los trabajadores asalariados es la otra. Ambas contradicciones requieren de la revolución socialista para su solución.

El marxismo es la ciencia de este movimiento revolucionario. Formula las leyes de la sociedad y estudia los procesos del desarrollo social por medio del método materialista, que enseña que ninguna forma de sociedad puede ser destruida, ni una nueva puede ser creada, hasta que existan las condiciones materiales y las fuerzas económicas necesarias para ello. El sistema capitalista nació y llegó a su madurez saliendo del vientre de su predecesor, el feudalismo, que se había convertido en el mayor obstáculo para el progresivo avance de la humanidad civilizada. El socialismo, como sucesor y antítesis revolucionaria del capitalismo degenerado, llegará a existir recorriendo un camino de lucha similar.

El internacionalismo del movimiento socialista, que es la expresión más consciente de las necesidades e intereses de la clase obrera, se basa sobre esta “realidad independiente y poderosa” de la economía mundial que el capitalismo ha creado. Su internacionalismo no es un dogma, ni un sueño, ni un ideal sentimental y ficticio, imposible de realizar. Para los materialistas, el internacionalismo es el reconocimiento y la comprensión de la realidad y las necesidades de la civilización contemporánea. Estas bases materiales sociales de la economía mundial constituyen los verdaderos fundamentos del internacionalismo marxista.

En el *Manifiesto comunista*, el primer pronunciamiento clásico del socialismo científico, Marx y Engels dieron al capitalismo el crédito que merecía por iniciar y extender el